

Enclave migratorio de nahuas oriundos de Chilacachapa, Guerrero, en la colonia Vista Hermosa, Distrito Federal

Olivia Leal Sorcia*

En este escrito se brinda una breve descripción de las formas de vida y trabajo de un colectivo étnico que presenta cierto grado de congregación poblacional en una colonia popular ubicada en los límites de la periferia norte del Distrito Federal con el Estado de México. Se trata de hombres y mujeres de origen nahua que se autonombran y son nombrados como “chilas”, quienes provienen del pueblo de Chilacachapa, en el municipio de Cuetzala del Progreso, ubicado en la región norte del estado de Guerrero.

Antes de dar paso a la descripción etnográfica, conviene precisar ciertos antecedentes del proceso migratorio de los oriundos de Chilacachapa a la ciudad de México desde finales de la década de 1970, a fin de contextualizar ciertos acontecimientos contemporáneos que caracterizan las formas de vida y trabajo de este colectivo étnico.

Los primeros residentes chilas en la ciudad de México

La salida de hombres y mujeres chilas del pueblo de Chilacachapa desde las décadas de 1960 y 1970 se nutrió de causas diversas, entre las cuales se hallaban la falta de oportunidades laborales, la pobreza, las diferencias políticas y, en particular, la escasez de agua potable, factores que generaron un desplazamiento continuo hacia diversas ciudades del mismo estado de Guerrero, como Acapulco e Iguala, o bien hacia Cuernavaca, Morelos, y de manera particular hacia la ciudad de México. Desde la década de 1960 se registró la salida de campesinos del pueblo, la cual se intensificó en las de 1980 y 1990.

Las primeras oleadas se nutrieron de hombres solos, si bien en pocos quinquenios la movilidad incluyó a las esposas e hijos. En su mayoría se trataba de trabajadores del campo con nula o escasa escolaridad, pero también hubo varios chilacachapenses con experiencias previas en el terreno organizativo debido a largas luchas sostenidas en el pueblo, ya fuera por motivos políticos, agrarios o bien por su participación en cargos civiles y religiosos desempeñados por ellos mismos o sus parientes. De esta primera generación destaca su acceso diferenciado a diversos asentamientos para el caso de la ciudad de México. Las zonas centro y centro-sur fueron los espacios a los que arribaron en condiciones sumamente precarias, en su mayoría rentando cuartos pequeños y con servicios deficientes.

No se trata, por lo tanto, de una migración que desde su llegada a la capital del país se congregara masivamente en una misma vecindad o en dos o tres zonas específicas, sino que fue llegando a distintos puntos. No fue hasta la década de 1980 cuando se presentaron condiciones que

* Profesora-investigadora, Universidad Autónoma de la Ciudad de México (oli_sorcias@yahoo.com.mx, olivia.leal@uacm.edu.mx).

podríamos llamar “extraordinarias”, las cuales permitieron que un grupo numeroso de familias tuviera acceso a una vivienda propia (departamentos), en particular en la zona centro-poniente (colonia Pensil); por otro lado, el explosivo y acelerado crecimiento urbano que se presentó en el sur, oriente y nororiente del Distrito Federal creó nuevas zonas de poblamiento, caracterizadas por una ausencia de infraestructura en servicios y vialidades, aunque años después les permitieron convertirse en propietarios de un solar urbano. Se trata de las zonas de Santo Domingo, en Coyoacán; Cuauhtepac, en la delegación Gustavo A. Madero, así como La Presa y San Cristóbal, en los municipios de Tlalneplantla de Baz y Ecatepec, respectivamente.

El periodo entre 1980 y 1995 representó un parteaguas en la historia de asentamiento definitivo de los chilas en diversos puntos de la zona metropolitana del valle de México (ZMVM). Este periodo abarcó además lo que yo llamo el “clímax” de la organización popular y colectiva, impulsada a veces directamente por los propios chilas y en ocasiones integrada a asociaciones más amplias. Por ejemplo, al mismo tiempo que gestionaban vivienda en la colonia Pensil, colaboraban en diversos comités que tramitaban mejoras para su comunidad de origen, sobre todo en proyectos para abastecer agua potable; asimismo demandaron su reconocimiento como ciudadanos del pueblo, aun cuando radicaran en otros puntos del país. De igual manera fundaron una asociación civil de revistas atrasadas que les permitió acceder a puestos de periódicos en calles y avenidas estratégicas de la ciudad y consolidar así gremios ocupacionales propiamente urbanos, en tanto que otros se mantuvieron en organizaciones gremiales pertenecientes a la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOF) en el Distrito Federal. Por otro lado, iniciaron la adquisición de lotes urbanos para la construcción de viviendas en puntos de la periferia de la ciudad de México, como la colonia Vista Hermosa, en Cuauhtepac, o en la colonia Xalpa, en la delegación Iztapalapa.

Durante esta superposición de espacios sociales de lucha participaron tanto la primera generación de migrantes –aquellos que arribaron a la ciudad entre 1970 y 1980 y que en la actualidad son abuelos y bisabuelos– como una segunda generación (sus hijos), que para esa época (1990) estaba conformada por los primeros jóvenes con acceso a estudios de nivel medio básico e incluso superior, los cuales ahora son padres y madres de familia. Esta combinación de generaciones resultaría muy productiva en todos los terrenos organizativos,

al potenciar las formas de participación grupal, entre las que destaca la vinculación con diversos actores sociales externos al colectivo chila –trabajadores sociales, abogados, funcionarios, organizaciones de la sociedad civil, académicos y estudiantes universitarios–. Estos actores externos se ubican como catalizadores significativos en la formación de la gestión social entre los chilas, lo cual se suma a su experiencia de lucha históricamente gestada desde su comunidad de origen.

Un elemento clave a la largo de este periodo corresponde a la manifestación abierta y pública de su etnicidad política, al asumirse en un principio como “nahuas”, como “pueblo indígena”, y más tarde como “grupo organizado” e incluso como “ciudadanos”. A partir de su historia local, la referencia a su etnicidad aparece como un potencial muy dinámico y maleable de reconocimiento grupal que en gran medida explica los fuertes procesos de politización que continuamente han mostrado desde su arribo a la ciudad de México y que continúan vigentes. Lo anterior se observa en su participación constante en luchas sociales de diversa índole, tanto en el pueblo de origen como en los lugares de vivienda y trabajo en la ZMVM.

En este sentido, resalta una idea de lo colectivo que los chilas han construido como parte de su socialización en la ciudad de México y que en la actualidad representa un catalizador central en su configuración como colectivo étnico. Ha sido la referencia al pueblo, al trabajo grupal, al interés no individual lo que recurrentemente destaca en sus discursos, sobre todo ligado con sus luchas sociales y afiliaciones políticas, o que por momentos, y en ciertas coyunturas, les ha permitido dirimir sus diferencias ideológicas y reunificarse bajo el interés grupal frente a otros grupos chilas, frente a las instituciones, las organizaciones sociales o los partidos políticos, según la zona de la ciudad donde radiquen.

La colonia Vista Hermosa en Cuauhtepac: espacio urbano apropiado por los chilas

Cuando se construye la historia de asentamiento de los chilas en la ciudad de México, se observa que no se congregaron en uno o dos puntos de la capital, sino que se dispersaron en seis o siete lugares diferentes de la ZMVM. En la ciudad no celebran festejos en conjunto, como el del santo patrón o cualquier otra figura religiosa, ni se concentran como paisanos en ningún otro tipo de festividad, tales como una peregrinación, el carnaval, Semana Santa, Todos Santos, etc. No obstante, las fami-

lias chilas radicadas en la zmm mantienen estrechos y vigorosos lazos mediante la celebración de fiestas familiares –bautizos, confirmaciones, primeras comuniones, quince años y bodas–, además de impulsar fuertes redes de parentesco, compadrazgo y padrinzago. El funcionamiento de estas redes se vincula con el establecimiento permanente de relaciones laborales entre parientes y paisanos que abarcan el comercio formal e informal, los servicios, la maquila o la venta y elaboración de comida.

En particular, se tiene el registro de la llegada de las primeras familias oriundas de Chilacachapa a la colonia Vista Hermosa hacia el primer quinquenio de la década de 1980. En los primeros años tuvieron que sortear las difíciles condiciones de acceso a un asentamiento ubicado a una altitud aproximada de 2400 msnm, donde los primeros residentes provenientes de diversos puntos del país y de otras zonas, sobre todo de la periferia norte de la ciudad de México, padecían problemas de convivencia social debidos a los hostigamientos cotidianos de varias bandas de jóvenes que se juntaban en un punto estratégico de acceso a la colonia y que frecuentemente los violentaban al robarles sus escasas pertenencias, llegando incluso a presentarse enfrentamientos físicos. A este clima hostil y violento se sumaban las difíciles condiciones de habitabilidad por una urbanización incipiente, sin el apoyo de las autoridades delegacionales. Así, las primeras familias chilas que llegaron a Cuauhtepc debieron formar alianzas con otros grupos, además de sumarse a los esfuerzos organizativos encabezados por luchadores sociales locales.

El arribo de nuevos pobladores a esta zona de Cuauhtepc conformó un escenario parecido a otras zonas periféricas de la urbe, donde la presencia de población indígena se combinó con migrantes de otros estados del país y de otros puntos de la propia ciudad de México. Sin embargo, en el caso de la actual colonia Vista Hermosa, que originalmente se llamaba barrio San Martín, los chilas y otras familias provenientes de la Mixteca Alta de Oaxaca propiciaron prácticas colectivas y de organización vecinal particulares en un territorio recién colonizado, pero que colindaba con otro dispersamente poblado. Si bien las primeras familias chilas y mixtecas llegaron a la zona hacia finales de la década de 1970, un proceso continuo de poblamiento provocó que a mediados de los años ochenta emergiera un espacio claramente definido y delimitado donde se congregaron las familias.

Al decidir asentarse en la parte más alta del barrio de San Martín, “junto al cerro”, los primeros pobladores



que compraron terrenos aprovecharon una pequeña meseta que les permitió sortear con mayor facilidad la edificación de sus viviendas. Al respecto, es significativo escuchar las referencias de algunos pobladores de San Martín, quienes desde un principio notaron las formas de organización y agrupación colectiva impulsada por aquéllos a quienes bautizaron como los “chilas”, en alusión al lugar de origen de los migrantes: Chilacachapa. Con esta denominación se “bautizó” a todos los nahuas asentados en la parte alta del cerro, aunque con el paso del tiempo homogeneizó al resto de los pobladores del área, identificada en la actualidad, como veremos adelante, como el “barrio chila”. En un escenario donde las bandas de jóvenes controlaban el territorio, el enfrentamiento entre grupos por la disputa del espacio urbano fue permanente. Un dirigente local comentó que cuando llegaron los “chilas” era evidente que venían con “gente de mando”; esto es, personas mayores que tomaban las decisiones más importantes. Con su arribo, refiere, se produjo un “choque”, pues protagonizaron enfrentamientos constantes contra quienes dominaban el barrio de San Martín.

Esta primera oleada de migrantes chilas no se caracterizó por tratarse de familias emparentadas, sino más bien de paisanos, por lo cual en un principio no se reprodujeron formas organizativas tradicionales ni aspectos relacionados con el compadrazgo e incluso parentales. Lo que sí se reprodujo en forma muy temprana fue la toma de decisiones de manera colectiva, mediante la realización de asambleas donde se discutían arduamente los problemas cotidianos como el transporte, la seguridad, el abasto, la dotación de servicios y la regularización de los predios, entre otros.

A lo largo de este primer periodo de asentamiento, tanto chilas como mixtecos y otros grupos populares trabajaron de modo conjunto, motivados por la necesidad de defenderse y proteger su escaso patrimonio. Poco a poco definieron mecanismos comunes en la toma de acuerdos colectivos para protegerse del entorno de violencia y discriminación, además de demandar servicios y obra pública a las autoridades delegacionales. La reproducción de la asamblea como instancia de decisión colectiva representó una vía eficaz, debido a su carácter instrumental y por la fuerza de representación que dotó a los primeros gestores y líderes ante las autoridades locales, y no por un sentimiento de nostalgia o de pretender reproducir en la ciudad formas comunitarias, ya fuera de grupos de origen campesino o indígenas. Esto resulta significativo para entender las formas actuales como se impulsan las asambleas vecinales.

Durante la década de 1990 se incrementó el número de familias chilas asentadas en Vista Hermosa, varias de ellas emparentadas, así como de otros paisanos, con lo cual la diferencia étnica empezó a visibilizarse, además de que algunos chilas empezaron a asumir nuevos liderazgos, sobre todo vecinales. Esa década también representó el periodo en que varias familias tuvieron acceso a viviendas mediante la compra de las mismas tanto en el centro de la ciudad como en distintas periferias metropolitanas. Convertirse en propietarios permitió que las familias sentaran las bases de un trabajo de gestión permanente y, podríamos decir, casi "militante" para la mejora de los predios y del entorno urbano inmediato. Este proceso cobró una importancia estratégica en el caso de las familias chilas radicadas en la colonia Vista Hermosa.

Acciones en torno al mejoramiento del equipamiento urbano, la edificación de viviendas propias y la ampliación de servicios de primera necesidad representaron los primeros ejes de trabajo grupal, el cual cobró fuerza desde el cambio de milenio, materializado con

la creación de un comité vecinal de la colonia hacia el año 2002, el cual sigue operando hasta hoy. El papel que ha jugado esta agrupación ha sido estratégico para el mejoramiento del equipamiento urbano y, más recientemente, en la promoción de diversos programas sociales. Destaca el hecho de que en la dirigencia de este comité han estado hombres y mujeres chilas, con lo cual se han generado diversos liderazgos de carácter vecinal. Lo que más destaca de este continuo proceso de organización vecinal es que la participación no se ha restringido a los oriundos de Chilacachapa, pues ha involucrado a diferentes residentes cuyos orígenes comprenden desde otros grupos indígenas hasta oriundos de zonas rurales de diversos estados de la República Mexicana.

Sin duda, la historia del asentamiento original de San Martín y de la fundación posterior de la colonia Vista Hermosa en Cuauhtepéc, a donde arribaron principalmente familias nahuas y de otros grupos indígenas referidos en los apartados anteriores, da cuenta de un proceso continuo de organización vecinal, inicialmente a partir de objetivos a corto plazo, los cuales se vincularon en especial con la infraestructura, seguridad, vías de comunicación y regularización de predios. Sin embargo, a mediano plazo destaca la emergencia de un discurso vinculado con el mejoramiento social y el reconocimiento de derechos culturales en un espacio urbano que se comparte, erigido con el trabajo de todos y donde, además, el orden normativo urbano se sigue nutriendo de relaciones informales.

A diferencia de los primeros años de llegada, en este segundo momento también intervinieron diversos niveles de gobierno, porque el territorio se incluyó en acciones de política pública y los actores conocían ya los programas en los cuales podían inscribir ciertas demandas, y sobre todo porque se posicionaron como ciudadanos con derechos que exigían de la autoridad su cumplimiento en obras y apoyo para el rescate de espacios públicos y de promoción de la diferencia cultural.

El barrio chila en la colonia Vista Hermosa

Cuando inicié la recopilación de información sobre la historia de urbanización de la zona popularmente conocida como San Martín, localizada en las faldas altas del cerro del Chiquihuite y que hoy comprende la colonia Vista Hermosa, entrevisté a uno de los principales líderes del lugar, quien me platicó que hacia la década de 1980 se creó un asentamiento urbano contiguo,

pero localizado “más arriba”, conocido coloquialmente como el “barrio chila”. Su característica principal, me señaló, es albergar a numerosas familias oriundas de Chilacachapa, Guerrero, asentadas donde se forma una especie de cuneta, en las faldas altas del cerro, a una altitud promedio de 2 400 msnm. A partir de las narraciones del entrevistado supuse que se trataba de una concentración significativa de familias que vivían colindantes unas con otras y donde claramente se identificarían límites entre las calles, donde se distinguiera el denominado barrio chila. Imaginé que me encontraría con una capilla, o bien que identificaría distintivos en las calles, casas y patios que aludieran a rasgos propios de los nahuas en sus viviendas. Lo cierto es que el barrio chila no presenta fronteras delimitadas y sus viviendas tampoco muestran particularidades atribuibles a un grupo o a otro.

Al sumar información de otras entrevistas, destaca que los vecinos coincidían en señalar la presencia numerosa de familias chilas asentadas en toda la colonia, así como en la cercana colonia Tlalpexco y aun del “otro lado”, es decir, la zona conocida como La Presa, en el municipio de Tlalneplantla de Baz, Estado de México. Si bien identificamos una concentración poblacional cuyo origen está en Chilacachapa, Guerrero, lo cierto es que en algunos casos los terrenos de las casas colindan entre parientes o bien entre paisanos, pero lo que predomina es la ubicación de familias chilas entre vecinos provenientes de otros estados de la república como Hidalgo, Guanajuato, Oaxaca y Veracruz principalmente, además de originarios del Distrito Federal y de municipios aledaños de la entidad mexiquense.

Por lo anterior, los límites territoriales del “barrio chila” se desdibujan y más bien esta denominación da cuenta de la presencia de un grupo que encabeza diversas actividades públicas que destacan en el conjunto de las dinámicas urbanas de la zona y en las que, como veremos adelante, no sólo participan los chilas, pues en ellas colaboran otros vecinos de diversos orígenes y adscripciones étnicas.

Podemos decir entonces que, más que un territorio claramente delimitado, el “barrio chila” se integra por varias manzanas que abarcan casi la totalidad de la colonia Vista Hermosa. Si bien sus límites territoriales se desdibujan, lo cierto es que en este barrio se identifican dinámicas urbanas propias que son producto del trazo irregular de las calles que, entre otras características, limita el tránsito de camiones y autos. A lo anterior se suman los pronunciados desniveles del asentamiento,

que dan como resultado que el principal acceso peatonal y automovilístico se restrinja a dos calles, mientras que en otros puntos los vecinos se desplazan por escalinatas que fungen como atajos en diversas direcciones, ocasionando que los encuentros entre todos se den en forma reiterada. Debido a estas características urbanas, la interacción entre vecinos en el interior de la colonia y sobre todo en sus puntos de acceso –peatonal y automovilístico– resulta muy intensa. Lo anterior también se explica dadas las características de la configuración urbana de la zona, la cual combina dos lógicas espaciales que se complementan: barrios populares urbanos y barrios rurales de origen campesino.

En el caso de la primera lógica, en la colonia Vista Hermosa resulta común la presencia numerosa de niños y niñas jugando fútbol, carreras y “bote pateado”, que se acentúa significativamente en los periodos vacacionales. También se observa un desplazamiento constante por todas las calles y a todas horas del día: hombres y mujeres ancianos, adultos y niños van de un lado a otro para comprar tortillas, llevar recados y diversos enseres, surtirse en la recaudería, en las tiendas de abarrotes y en la farmacia; asisten al comedor comunitario, al jardín de niños, a la casa de cultura, al local de internet. Como ellos dicen: se la pasan “de abajo para arriba”, refiriéndose a los desniveles del asentamiento. A esto se suma que, como muchas familias se dedican a la maquila y al comercio ambulante, se desplazan con bultos, mochilas y bolsas hacia y desde las principales vías de circulación de taxis y camiones.

Durante gran parte del año los momentos de mayor presencia de personas en las calles y aceras se presenta pasado el mediodía, cuando aparecen decenas de niños, niñas y madres de familia que regresan de las escuelas primarias, una de las cuales está en la colonia Tlalpexco, contigua a Vista Hermosa, y la otra en la colonia Lázaro Cárdenas, que limita al oriente con el Estado de México. Sin embargo, el flujo de vecinos se presenta desde horas muy tempranas –cinco o seis de la mañana– hasta entrada la noche –hacia las diez u once.

Un aspecto que sin duda favorece la concentración de vecinos en ciertas calles es precisamente que a la colonia se accede por automóvil sólo por dos calles a las que confluyen varias más. El acceso al “barrio chila” es por la calle Loma La Luna, la más ancha, que permite el tránsito de camionetas y camiones, y por lo cual resulta la principal arteria para ingresar a una gran parte del territorio en sus secciones más altas.

En relación con el abasto, si bien en la colonia y sus alrededores existen diversos giros de negocios cuyo horario de servicio es extenso –desde las ocho o nueve de la mañana hasta las diez u once de la noche–, la conectividad con otros nodos urbanos hacia el centro y norte de la ciudad de México posibilita que los pobladores se desplacen con frecuencia para abastecerse de diversos productos; por ejemplo, insumos para los talleres de costura y maquila de bolsas, muñecos y ropa, refacciones diversas, útiles escolares y despensa, entre otros. Una escena común que se observa en esta colonia y en distintas zonas de Cuauhtepéc es que hombres y mujeres, incluso adultos mayores, suben y bajan por los vericuetos con bultos, costales y mochilas; es decir, “siempre están acarreado cosas”. Esta incesante actividad demanda una gran condición física para aguantar las subidas y transportar los diversos productos desde las paradas de los camiones, peseros y taxis, localizadas en las entradas de la colonia, hasta los accesos a las viviendas, que muchas veces implican escalinatas.

Cabe destacar que en la actualidad el asentamiento entero que abarca la colonia Vista Hermosa y algunas manzanas y calles que forman límites con las colonias Tlalpexco y 6 de Junio cuenta con una amplia dotación de servicios públicos, como agua potable, la cual raramente escasea, alumbrado público, drenaje, pavimentación, rampas, escalinatas, coladeras, recolección de basura y venta de gas LP en forma periódica, además de cableado telefónico, televisión digital y cobertura de internet. No se trata de una zona donde los servicios operen con deficiencias significativas. Otro dato relevante se refiere a la presencia constante de cuadrillas de trabajadores o promotores sociales, sobre todo adscritos a la Unidad Territorial núm. 10, adscrita a la Delegación Gustavo A. Madero, desde donde se coordinan diversos programas sociales y de dotación de servicios urbanos. En varias ocasiones me ha tocado observar a promotores del Gobierno del Distrito Federal recorriendo las calles en subida y bajada, tocando las puertas de las viviendas para censar a adultos mayores, niños en edad escolar, madres solteras, etc. Lo mismo se observa cuando se despliegan brigadas de promoción de la salud, vacunas para las mascotas, entre otras actividades.

Como se comentó en el apartado anterior, que la colonia cuenta en la actualidad con una gama importante de servicios urbanos a pesar de la localización del asentamiento –extrema en altitud– no se explicaría sin tomar en cuenta la larga lucha de gestión para la

dotación de servicios y obra pública realizada por los propios vecinos desde la década de 1990, en sintonía con una demanda de servicios muy puntuales a diversas instancias proveedoras, que abarcan empresas públicas y privadas como Teléfonos de México, la extinta Compañía de Luz y Fuerza del Centro, el Sistema de Aguas de la ciudad de México o bien la también extinta Ruta 100, además de las asociaciones particulares de transporte.

La demanda continua de servicios se ha sustentado principalmente desde el comité vecinal de la colonia Vista Hermosa –y en diferentes periodos en vinculación con organizaciones cuya representación abarca varias colonias de Cuauhtepéc–, cuyas estrategias de presión se relacionan con formas de gestión que podemos llamar “institucionalizadas”, en el sentido de que se dirigen oficios, se demandan informes de resultados, se muestra una actitud respetuosa hacia las dependencias de gobierno y, en caso necesario, se convoca a audiencias y reuniones de conciliación, además de dar seguimiento a minutas de acuerdos, entre otros aspectos.

En síntesis, se rinde información detallada cuando la autoridad lo requiere; por ejemplo, para justificar beneficios colectivos o vecinales de ciertas obras y proyectos comunitarios, como comúnmente los llaman. Por el contrario, como ciudadanos exigen transparencia por parte de la autoridad, sobre todo si se trata de la rendición de cuentas, en especial cuando está en juego la aplicación de recursos monetarios o de la programación y ejecución de obras y acciones de gobierno, vía los programas sociales.

El posicionamiento como ciudadanos de los vecinos radicados en la colonia Vista Hermosa, que incluye a los chilas, representa el punto de diferenciación más importante con otras experiencias analizadas contemporáneamente en el caso de las periferias en la ZMVM. Sobre este tema algunos investigadores señalan que los colonos se asumen como “pobres urbanos”, siempre susceptibles de ser manipulados por las instituciones y los grupos políticos locales, que los atrapan en forma cotidiana mediante prácticas clientelares y de cooptación que los integran y subordinan a las dinámicas urbanas.

En el caso de la organización vecinal en la colonia Vista Hermosa, cuyo liderazgo ha sido encabezado por hombres y mujeres chilas, la demanda de servicios y vivienda no se generó desde una retórica de la pobreza. Los discursos se construyeron a partir de plantear

exigencias como vecinados, pero más tarde como propietarios de solares urbanos, integrados por completo a las dinámicas metropolitanas. Las demandas de obra y programas no se dieron ni se dan en un canal unilineal de comunicación entre vecinos y autoridades, pues también se alimentan de las disputas y contrastes con otros grupos vecinales, con agrupaciones populares e incluso con fracciones políticas de diversos partidos políticos.

Para continuar con la descripción de las interacciones presentes en el asentamiento de Vista Hermosa, la segunda lógica de configuración espacial que he observado se refiere a las dinámicas de los barrios en comunidades rurales, en el sentido del predominio de relaciones cara a cara y de formas parentales, de compadrazgo y paisanazgo, las cuales implican estar pendientes de las acciones, necesidades y peticiones del pariente, el compadre, el paisano y, ¿por qué no?, estar informado de los chismes sobre los vecinos y otros residentes.

Por ejemplo, durante los recorridos en campo por la colonia resultó notorio que los entrevistados conocían muy bien a sus vecinos, al comunicarnos acerca de sus datos personales, de sus familiares, de sus compadres o paisanos. Asimismo ofrecían información en cuanto a si en ese momento se encontraban en la vivienda, sus horarios y lugares de trabajo, qué ocupación desempeñan, si tienen parientes y paisanos en la colonia o en una colonia cercana, etc. Al observar desde el inicio de la investigación este tipo de relaciones, empecé a elaborar la tesis de que se debía principalmente a que varios de los pobladores son parientes. Por ejemplo, resulta una práctica habitual entre los oriundos de Chilacachapa “avisarse”, “enviar cosas” o “dar recados” a los familiares, padrinos o compadres cuando se decide viajar al pueblo, la fecha de salida o si se requiere llevar encargos; por eso, al regreso de alguien acuden personalmente a saludar, o bien “mandan avisos” y visitan las casas para “dar los recados de vuelta”.

Al respecto, durante una visita que realicé al pueblo de Chilacachapa durante la fiesta en honor a Santiago, en julio de 2013, las familias que arribaban, tan sólo unas horas después de instalarse en sus casas, emprendían un largo periplo que duraba varias horas y abarcaba, en primer lugar, visitas a los padrinos y después a los tíos y tías, los abuelos y, por supuesto, a los compadres. Además, siempre llevaban presentes, como chiles verdes, frutas y enseres domésticos, pues esto simboliza una forma de atención y muestra de respeto. En varias

ocasiones escuché mencionar que así “cumplen”, al avisar de su arribo y de los días que estarán en el pueblo, aparte de “llevar los recados” y mandados solicitados. Lo mismo pasa entre vecinos, aun cuando no sean parientes ni compadres. Durante el transcurso de los días se van enterando de la llegada de las familias y, por supuesto, de quiénes no llegaron al pueblo y las causas al respecto.

En particular, durante los días que estuve en el pueblo me sorprendió lo reiterado de las pláticas en torno al tema del arribo de los paisanos e incluso de las disculpas entre familiares cuando, al encontrarse en las calles de la comunidad, no se habían realizado las visitas correspondientes. De alguna forma esta misma dinámica sobre estar informado del paradero, la llegada y salida de los habitantes que se observa en el pueblo se reproduce en cierto sentido en la colonia Vista Hermosa. Lo interesante es que el tipo de asentamiento, congregado espacialmente, saturado demográficamente y con pocos accesos para el tránsito vehicular, propicia que los residentes se trasladen por los mismos lugares y se reproduzca densamente este tipo de relaciones vecinales, las cuales no se restringen a los chilas, sino que se extienden a otros vecinos de orígenes diversos.

Sin embargo, es necesario precisar que lo mencionado en los párrafos anteriores no supone que siempre predominen relaciones armónicas entre los pobladores de la colonia –y del pueblo–, sobre todo por diferencias políticas; tampoco que no surjan conflictos entre vecinos, expresados en rencillas, envidias e incluso prácticas de violencia doméstica y pleitos debido a la alta ingesta de alcohol. El aspecto que deseo acentuar se refiere más bien a la emergencia de relaciones contradictorias entre los pobladores, donde por momentos los cohesiona el interés común, si bien en otros casos se mantienen distanciamientos ante las diferencias ideológicas o de simpatías políticas, lo cual no excluye que se esté permanentemente informado sobre las acciones del vecino, qué hace o deja de hacer, dónde se encuentra e incluso sus necesidades.

Siguiendo con esta segunda lógica espacial, también podemos agregar datos de carácter sociocultural. En particular, los festejos del ciclo de vida, los funerales y ciertas actividades religiosas –procesiones y promesas– que involucran en forma permanente a un número considerable de residentes chilas, pero no en exclusiva. A diferencia de otras colonias o barrios tradicionales de la ciudad de México, en Vista Hermosa

sa no se festeja a ningún santo patrón. Si bien se han construido en las calles varios nichos en honor a la Virgen de Guadalupe, su celebración se restringe al 12 de diciembre y su organización es de carácter familiar. En contraste con este festejo –que llamo “acotado”–, se llevan a cabo promesas a ciertas figuras religiosas, como María y José, propiedad de una familia chila que organiza visitas durante nueve días, arrancando el día en que se inician las posadas y cuyos creyentes abarcan a vecinos diversos.

Durante este tipo de eventos se llevan a cabo caminatas por las noches. Las imágenes se trasladan de una casa a otra por todos los rincones de la colonia y a veces también se organiza una posada, al término de la cual se ofrece atole y tamales a los invitados. Otras celebraciones, como los velorios y las fiestas del ciclo de vida –bautizos, primeras comuniones, quince años y bodas– constituyen los principales festejos y ceremonias que, podríamos señalar, condensan la vida festiva en la colonia. Los festejos relacionados con este ciclo resultan altamente vistosos debido a la presencia de bailes, bandas de música, cierre de calles, caminatas de los invitados, regalos, comida, instalación de grandes lonas, templetes, sillas y mesas, adornos, etc. También llegan a ocupar la cancha de fútbol rápido que construyeron los vecinos en una de las zonas más altas del asentamiento –y podríamos asegurar que de todo Cuauhtepac–. A lo anterior se suma que estos festejos tienen lugar los fines de semana de manera reiterada, organizados por todos los rincones de la colonia.

Al escuchar a varios dirigentes locales referirse a los chilas, son comunes las alusiones a un carácter colectivo proclive a la celebración; son constantes las expresiones como “siempre están de fiesta” o “los chilas son bien fiesteros”. Estas frases denotan los continuos festejos que, por sus características, no pasan inadvertidos, debido al colorido y ruido que provocan las bandas de música de viento, además de la utilización de las calles y patios de las casas como sedes. Este ámbito de celebración “chispeante” representa el principal aspecto de visibilización de la diferencia étnica en el asentamiento de Vista Hermosa por parte de los chilas. Las frases señaladas dan cuenta del dinamismo que impregna las celebraciones en el asentamiento, sobre todo los fines de semana.

El siguiente comentario, producto de una observación de campo, ejemplifica mi afirmación: en abril de 2014 recibí una invitación para asistir a un bautizo por parte de una familia chila, en una casa ubicada en la

colonia Vista Hermosa. Al momento de la llegada de la banda de música tradicional y de una breve caminata con los invitados al bautizo, se cruzaron saludos con otra banda de músicos y otros invitados que ya se congregaban para participar más tarde en una boda, la cual se celebraría ese mismo día, dos calles arriba. Una hora después del cruce de saludos, ante el sonido estruendoso de la otra banda, los invitados del bautizo salimos a observar la caminata que se realizaba desde la casa de los padrinos de la boda hacia la de la novia. El festejo matrimonial se haría en un espacio acondicionado en una pequeña cancha de fútbol rápido, construida por los propios vecinos con material que les donó la delegación. Como las bodas son los festejos más importantes y deslumbrantes entre los chilas, el colorido de la caminata destacó considerablemente, ya que los invitados, sobre todo hombres, iban bailando el torito al ritmo de la banda de viento, mientras los novios, padrinos y parientes cargaban canastas con pan, regalos y bebida.

Además del bautizo y la boda, ese sábado también se celebró una primera comunión en las instalaciones de la casa de cultura edificada en la colonia. Es decir, en un sábado normal se organizaron tres festejos muy vistosos en este pequeño asentamiento. Incluso me comentaron que algunas familias se tuvieron que dividir para cumplir con las invitaciones: los abuelos y unos hijos y sobrinos asistieron a uno de los festejos, mientras que otros hermanos, tíos y sobrinos hicieron acto de presencia en los otros. Estas dinámicas que entretienen el entramado social a través de las fiestas en torno al ciclo de vida son una constante entre las familias chilas.

Otro dato a considerar sobre las dinámicas barriales en el asentamiento es que a partir de la construcción y apertura de la casa de cultura, en 2009, la cual representa el proyecto comunitario vecinal más importante logrado por los vecinos y encabezado por chilas, se impulsan diversas actividades que desbordan los muros del recinto hasta abarcar las calles y banquetas. Hasta la fecha se han organizado festivales y entrega de regalos con motivo del Día de Reyes, el Día del Niño y el 10 de mayo, además de la clausura de cursos del jardín de niños, concursos de carreras deportivas, funciones de box –donde se instala un cuadrilátero en plena calle–, así como diversos concursos. Para este tipo de actividades se cuenta con el apoyo de varias dependencias de la delegación Gustavo A. Madero, en particular mediante la Dirección de Desarrollo Social.

Si bien estas actividades responden a intereses institucionales, es decir, a los programas de trabajo y

acciones de gobierno de las dependencias gubernamentales locales, lo cierto es que la forma en que se invita a los vecinos por medio de altavoces y se garantiza el flujo de información entre los residentes tiene un punto de encuentro con el tipo de festejos del ciclo de vida a los cuales ya me referí. Más específicamente, ante el anuncio de eventos culturales, sociales y deportivos, las redes de parentesco y paisanaje propias de los chilas se ponen en marcha para su difusión, pero lo interesante es que también operan redes vecinales que involucran al resto de los pobladores de la colonia. Un rasgo característico de estas actividades impulsadas en la casa de cultura es que, además de llevarse a cabo en los distintos salones con que cuenta el recinto, con mucha frecuencia se extienden hacia las calles aledañas, sobre todo cuando se trata de actividades deportivas o bien cuando se celebra una fecha conmemorativa.

Así, la combinación de festejos del ciclo de vida, por un lado, y de actividades organizadas desde la administración de la casa de cultura, por el otro, genera que durante todo el año la vida pública en la colonia sea intensa y visible, donde el uso de la calle es fundamental y la congregación de vecinos de diversas edades y género constituye algo habitual. El sentido del festejo bullicioso y colorido que implica eventos propios del ciclo de vida y actividades festivas de diversa índole y envergadura llama la atención de otros residentes, los cuales atribuyen estos patrones sociales de comportamiento a los chilas, dándoles el calificativo de “fiesteros”, aunque en realidad involucra a muchos más grupos de orígenes diversos.

A manera de cierre, debo señalar que los chilas siempre han mostrado un fuerte dinamismo en términos de sus configuraciones sociales –pugnas, disputas, solidaridades, unificaciones, rupturas–, y también en torno a las formas como expresan abiertamente sus identidades, algunas veces reconociéndose como nahuas, como pueblo indígena, y otras bajo un carácter de clase cuyas carencias y necesidades comparten con obreros, colonos y campesinos.

A partir del trabajo etnográfico con los chilas he encontrado que la referencia a lo colectivo resulta una herramienta muy efectiva que los aglutina para el logro de beneficios tangibles, pero al mismo tiempo se ha convertido en un valor positivo donde los líderes o los sujetos chilas se subsumen bajo la idea de un “nosotros”, destacando siempre los beneficios colectivos, aun cuando claramente destaque el trabajo de uno o varios chilas en determinados momentos o situaciones.



Bibliografía

- Álvarez Enríquez, Lucía, “Cuautepec, Gustavo A. Madero”, en L. Álvarez Enríquez (coord.), *Pueblos urbanos. Identidad, ciudadanía y territorio en la ciudad de México*, México, UNAM/Miguel Ángel Porrúa, 2011, pp. 151-217.
- Arizpe, Lourdes, “El simulacro de la guerra de Independencia en Chilacachapa, Guerrero”, en L. Arizpe (coord.), *El patrimonio cultural cívico de México. La memoria política como capital social*, México, Miguel Ángel Porrúa/UNAM, 2011, pp. 29-43.
- González Ortiz, Felipe, *Multiculturalismo y metrópoli. Cultura y política en un fragmento urbano (antropología urbana)*, México, UAM-Iztapalapa, 2009.
- Hernández Pacheco, Sandra Sonia, “Cuautepec”, en L. Álvarez (coord.), *Pueblos urbanos en la ciudad de México* (disco compacto), México, UNAM/UAM/UACM (Proyecto Pueblos originarios, democracia, ciudadanía y territorio), 2011.
- Leal Sorcia, Olivia, “Reconocimiento étnico y periferias multiculturales: los chilas (nahuas) en Cuautepec, ciudad de México”, tesis de doctorado en ciencia sociales, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2014.
- Nieto, Raúl, “Multiculturalidad en la periferia urbana: la tensión entre lo público y lo privado”, en *Nueva Antropología*, vol. XVII, núm. 57, agosto de 2000, pp. 57-67.
- Ochoa Tinoco, Cuauhtémoc, “Urbanización y participación ciudadana en Cuautepec, D.F.”, México, 2012.
- _____, “Abriendo brecha en el olvido. La vinculación entre universidad y comunidad. La experiencia UACM, PAPO Cuauhtépec”, en *Reencuentro*, núm. 62, diciembre de 2011, pp. 88-91.
- Villela, Samuel y Nérida Ocampo, *Memoria y tradición en el norte de Guerrero*, México, INAH, 2012.
- Zenón Herrera, Alma Fabiola, “Rememorando y descubriendo un pueblo que se resiste al olvido; memoria y territorio en Cuauhtépec”, en L. Álvarez (coord.), *Pueblos urbanos en la ciudad de México* (disco compacto), México, UNAM/UAM/UACM (Proyecto Pueblos originarios, democracia, ciudadanía y territorio), 2011.